

de diez pesetas, que también teníamos antes; nunca para acuñar la de veinte pesetas, que ni con la actual unidad monetaria, ni con la anterior, encaja en el sistema decimal adoptado.

Lo que hay es lisa y llanamente que los franceses, por una inconsecuencia y una infidelidad al sistema, tienen en circulación monedas de veinte francos, y D. Venancio, que es una especie de León Say, de mayor volumen y en rústica, y que no quiere ser menos que su amigo Alonso, viendo que éste traduce del francés los Códigos y los juicios orales y no le va mal, ha querido traducirnos también las monedas, y las ha traducido sin darse cuenta de que volvía al sistema antiguo.

Voilà tout. (Para que lo traduzca también don Venancio). *Voilà tout.*

Apuradamente hay un refrán que dice: *Berzas que no has de comer, déjalas cocer*, el cual, aplicado al presente caso, quiere decir: Ochentinas que no has de cobrar, déjalas rodar.

Es decir que, como ese oro recién acuñado no ha de circular entre nosotros, lo mismo es que esté acuñado por el sistema decimal, que por el viejo.

¿Qué nos importa?

REMEDIOS HERÓICOS.

(1889)

Salvo lo odioso de la comparación, este Gobierno liberal que padecemos viene á ser así como el célebre caballo de Atila.

Donde él pone los pies, ó las manos, que para el caso lo mismo da, no vuelve á nacer trigo.

Ni cebada siquiera.

Como que oprime á los labradores á fuerza de tributos, hasta obligarles á abandonar ó á dejarse embargar y vender las tierras por no poder pagarlos; y es claro, el trigo, no habiendo quien lo siembre, no nace.

Porque ya está bien averiguado que nada se cría espontáneamente, por más que algunas plantas, es verdad, que se dan con muy poco cultivo, como las patatas y los Diputados de la mayoría.

Pero no voy á tratar de las patatas ni de los melones en particular, sino del Gobierno en general, en sus relaciones con la agricultura, que no son relaciones amorosas, por supuesto.

No: en materia de amor, ya se sabe que el Gobierno fusionista lo reserva todo para los republicanos, desde Castelar á Ricardo Becerro, pasando por Gumersindo Azcárate.

El cual es uno de los que más ayudan al Gobierno á defenderse contra el país, así como Becerro es uno de los que más le ayudan á remediar la crisis agrícola.

¿Saben ustedes cómo?

Pues muy sencillamente. Creando un Ministerio de Agricultura.

El procedimiento, como se ve, no puede ser más simple; pero tiene de malo que no es original del todo.

Porque se parece mucho al de aquel zapatero remendón de Valladolid, que una mañana que sus hijos lloraban porque no tenían nada que almorzar, se salió á dar un paseo por el Campo Grande, y como tropezara con un perro que andaba por allí perdido, le halagó y se fué con él á su casa muy contento.

El país está muerto de hambre como la familia del remendón valisoletano; la agricultura está perdida; de todos los lados de España se levanta el triste clamoreo de los labradores que no pueden pagar tan crecidos impuestos... ¿Qué ocasión mejor ni más oportuna para echarles encima unos cuantos millones más creando un nuevo Ministerio?

El zapatero aquél, al volver á casa, de su expedición matutina, no llevaba á sus hijos el

pan que les hacía falta, pero llevaba una boca más que les ayudara á comerlo cuando lo tuvieran.

Los remendones políticos de la pandilla gobernante é islas republicanas adyacentes, no tratan de dar á la agricultura con leyes protectoras y con economías saludables la vida que la falta; pero tratan de echar sobre la agricultura una carga nueva, haciéndola pagar el lujo de un nuevo Ministerio de Agricultura, que aún cuando hubiera agricultura floreciente y rica, no haría falta; pero que, no habiéndola, para maldita de Dios la cosa sirve.

Al que puso á asar la manteca no consta que se le ocurriera nada parecido.

Mas no por eso vayan ustedes á creer que la manteca es del todo extraña al proyecto.

Porque si damos fe al maestro Ferreras, cronista obligado de estas cosas, el proyecto de creación de un Ministerio de Agricultura le han presentado á la Comisión general de presupuestos los señores Moret, Becerro de Bengoa, Puigcerver, López (D. J. J.), Ariño, Manteca (¿ven ustedes cómo había manteca en el proyecto?) y Antequera, que es por donde suele salir el sol bajo el poder ya medio eclipsado de los fusionistas.

Hay en el proyecto *manteca* y hay *becerro*, para que no se dude que es un proyecto matorio. Lo que falta es la vaca, y por eso de vaca tiene que hacer el país agrícola.

Por supuesto que el proyecto diz que va ó viene, aunque parece mentira que pueda venir, precedido de un «extenso y razonado preámbulo» en el que sus agrícolas y mantecosos autores *«desarrollan* (es frase de *El Correo*) los motivos que á su juicio apoyan la creación del nuevo Ministerio.»

Entre estos motivos, que, según confesión de *El Correo*, abogado de la nueva economía, están *arrollados*, figura en primer término lo complejo y *difícil* del departamento de Fomento que requiere del que está á su frente las facultades y condiciones más diversas y más *difíciles* de reunir, por lo cual se comprende la escasa atención que un ministro de Fomento puede dedicar á la Agricultura...»

¡Ajá, jál! Ya pareció la causa de la agonía de nuestra agricultura: la escasa atención que la puede dedicar el Ministro de Fomento. Y pareció también la causa de esta escasa atención: la dificultad de reunir las facultades y condiciones más diversas.

Por la cuenta, estos autores y patronos del proyecto de aliviar y reanimar la agricultura aumentándola el peso que la oprime, creen que todos los españoles nos hemos caído de un nido, ó se han caído ellos.

¿Pues no sabe ya todo el mundo que para ser Ministro liberal no se necesita saber nada, ni tener facultades ni condiciones de ninguna especie?

Otro de los *arrollados* motivos que los señores Becerro, Manteca y demás, *desarrollan* en el preámbulo, es el de que existe ya Ministerio de Agricultura en Francia, en los Estados Unidos, en Prusia, etc.

Que es como si el pobre albañil que vive en la bohardilla de mi casa dijera á su mujer esta tarde al volver del trabajo: «Mira, hija, que el Duque de Fernán-Núñez va en coche; con que es preciso que nosotros nos echemos también una berlina.»

Por supuesto, que á los autores no se les olvida decir que el proyecto no grava el presupuesto en lo más mínimo, pues se pagaría el nuevo centro con los fondos destinados á la Dirección de Agricultura que había de suprimirse. Pero esto lo dicen siempre los que pretenden hacer pasar alguna reforma cara, y luego nunca resulta cierto.

Lo mismo se dijo al establecer las Audiencias del perro chico y las Administraciones subalternas, y ahora resulta que unas y otras cuestan un riñón al país.

En suma: que no hay ningún motivo que abone el proyectado despilfarro, como no sea el desbarajuste que actualmente reina en lo referente á la agricultura.

Pero como no hay razón ninguna para suponer que el futuro Ministerio había de andar mejor arreglado que la actual Dirección, resulta que este motivo tampoco vale.

Si el actual desbarajuste se hubiera de remediar con nuevas creaciones, entonces sí sería cosa de crear, no un Ministerio de Agricultura, sino cuatro ó cinco.

Porque lo que es el desorden actual en lo referente á la agricultura no puede ser mayor seguramente, dicho sea con perdón del Conde de Xiquena.

A una provincia que conozco yo mucho, se enviaron hace poco, de orden de S. E., un montón de sacos de guano sin decir al Gobernador para qué eran, y el Gobernador, que no sabe qué hacer de ellos, pues no hay allí granja provincial ni campo de experiencias, está fastidiado por el mal olor, y además por la duda de si poner tienda de guano ó volvérselo al Ministro respetuosamente.

El resultado será que los sacos, atacados por el amoniaco, se irán rompiendo y se perderá el guano que habrán pagado muy caro los contribuyentes.

Pues con motivo de la filoxera, verán ustedes lo que hizo el Conde.

Envió á esa misma provincia que yo conozco, á combatir la filoxera, un ingeniero agrónomo con un ayudante y varios ordenanzas.

El ingeniero se fue desde luego á reconocer el terreno invadido, del cual formó un plano detallado que envió al Ministerio con una Memoria explicativa de las condiciones y la extensión de la plaga y de la necesidad

de poner los medios para exterminarla cuanto antes.

Hecho lo cual se quedó esperando órdenes... é ingredientes.

Pasó un día y otro día,
pasaba un mes y otro mes,
y la orden no venía...

Pero al cabo de tres ó cuatro meses ¿qué dirán ustedes que envió el Ministro al ingeniero?...

—¿Sulfuro de carbono?...

—¡Quiá! Un escribiente con seis mil reales de sueldo.

IMPRESIONES.

San Sebastián 18 de Agosto de 1889.

No soy impresionable.

Pueden ustedes creerlo. Sé andar viajando todo un verano sin que me impresione ninguna cosa.

Lo cual no tiene nada de particular, porque, bien mirado, ¿qué le puede ya impresionar á un hombre que ha vivido tres años y tres trimestres bajo el Gobierno, llamésmole así, pero llamémosle también detestable, de los fusionistas.

Sin embargo, hay cosas que todavía le impresionan á uno, porque... es aquello del tío Antonio el ciego, cuando la tabernera dudaba de su desgracia fundándose en que si fuera ciego no hubiera conocido que estaba el cuartillo sin llenar:

—Bastante ciego soy—dijo el tío Antonio;
pero es usted capaz, tía tabernera,
de hacer abrir los ojos al demonio.

Lo mismo pasa en el caso presente. Yo soy

de *suyo*, como diría *La Iberia*, muy poco impresionable; pero hay cosas capaces de impresionar á Mansi mismi, cuanto más á un hombre que, aunque muy curado de espantos, á fuerza de ver y sentir las barrabasadas progresistas, al fin y al cabo no es un adoquín, ni mucho menos un Académico.

Pues bueno; figúrense ustedes que, después de haber estado un mes fuera de Madrid, vengo á San Sebastián á los toros y ¡paf! lo primero que me encuentro al volver una esquiña es.....

—¿Mansi?....

—No: Mansi no fué lo primero; fué lo tercero ó lo cuarto.

—¿Abascal?

—Tampoco; al Alcalde afortunadamente no le he encontrado. Un ser mucho más dañino que Mansi y que Abascal todavía. Lo primero que me encontré por venir á los toros fué.....

—¿Un toro?.....

—Poco menos... Un revendedor de los de Madrid, de los auténticos, que me dijo á que-
ma-ropa: «Señorito, barreras por su precio, catorce pesetas.»

Catorce mil pares de demonios que te liven, hubiera yo dicho si me hubiera dejado dominar por la mala impresión; pero gracias á Dios la dominé yo á ella y callé y pasé, sintiendo, creo que por primera vez en mi vida,

no tener autoridad para llevar aquel hombre á la cárcel.

Porque, vamos á ver, ¿por qué habían de andar en libertad los revendedores? me decía yo. ¿No están encerrados los toros? Pues bicho por bicho, creo yo que son en su tanto más dañinos los revendedores.

Porque al fin los toros cuando están en libertad, allá en la dehesa, si no se les llama la atención, si no se les hacen añagazas, por ejemplo, con un trapo colorado, no se suelen meter con nadie; mientras que los revendedores estando en libertad, le asedian á uno y le meten los billetes por los ojos y no le dejan sosegar hasta sacarle el dinero del bolsillo.

Y no se contentan con estarse en Madrid, que es como si dijéramos, su dehesa, ni con hacer allí su agosto por el invierno, sino que quieren aprovechar también el agosto natural y se vienen aquí, á más de setenta leguas, á echar el alto en una bocacalle al infeliz parroquiano que reputaba por la mayor de las venturas del veraneo, la de haberlos perdido de vista.

¿Pero será verdad ó habré yo soñado? me dije fregándome los ojos cuando me fuí reponiendo del susto.

Me volví á mirar, y la maldita realidad volvió á darme en los ojos... y en los oídos, porque el revendedor tomó la mirada por una

tentación y tornó á repetir toda su tonadilla, incluso lo de las catorce pesetas.

No había duda: era un revendedor madrileño, y para mayor ignominia era *el mismo*.

¿Saben ustedes á cuál llamo yo el mismo? Al que me cobró este invierno treinta duros por cinco butacas del Español para la función en honor de Rafael Calvo. ¡Treinta duros por cinco butacas que costaban dos duros cada una!

¿Por qué habían de andar en libertad los revendedores? continuaba yo diciendo para mí, hasta que de pronto vi claro, me dí una palmada en la frente, y me volví á decir:

—¡Qué inocente soy! ¿Pues no sé que vivimos bajo un Gobierno progresista?

¿Cómo quiero llevar á la cárcel á los revendedores de billetes, cuando andan por ahí en libertad los revendedores de destinos...?

De todos modos, confieso que me costó trabajo resignarme á pasar por las horcas moretinas del revendedor, y seguí quejándome del Pilatos fusionista de aquí, que los consiente; como si para esquilmar á los aficionados á la noble y hermosa fiesta nacional no fuera bastante Arana sólo.

Este Arana... y recomendando mucho cuidado á los cajistas no vayan á poner eñe por ene, porque parecería maliciosa la equivocación; este Arana es un empresario de espectáculos que se conoce que ha tomado por modelo al

Gobierno, pues nunca suele cumplir lo que ofrece.

Y así como el Gobierno ofrece economías, y despues de mucho ofrecerlas da inmoralidades en Cuba ó en Cuenca, ó en cualquier otro continente, sin excluir el Ayuntamiento de la Villa y Corte, así Ara... ¡cuidado! Así Arana ofrece, verbigracia, seis toros, y da seis babosas ó cinco.

Pero en cambio pone muy caros los billetes, y váyase lo uno por lo otro.

Verdad es que caros y todo los vende, porque con la afición á nuestros toros que se va despertando en Francia, en cuanto Arana hace un cartel muy extravagante, á siete tintas, y le fija en San Juan de Luz, y en Bayona, y en Dax, y en Pau, etc., ya tiene la plaza llena de franceses, y más grande que fuera.

Por cierto que, á fin de hacer la plaza más grande,

¿Qué dirán ustedes que es lo que ha *inventao* este *buen* Arana el año *pasao*?

Lo de *buen* es un ripio. Ya se conoce; pero lo *advierto* por si acaso.

Pues ha *inventao* nada menos que poner á la plaza un piso más; levantar sobre los palcos y andanadas otro orden de localidades que él ha bautizado con el nombre de *sobre-palcos*, y que comprenden una fila de asientos

adelante, junto al balaustre, y un paseo como en los circos, desde el cual se ven los toros al sol, y sin sentarse, por tres pesetas; media más de lo que cuesta en Madrid la andanada de sombra.

Tal es el resultado de esta nueva invasión francesa, más temible que la del año ocho, porque de aquélla se defendieron nuestros abuelos á tiros, pero de ésta no hay manera de defenderse.

Y no sólo produce el mal de encarecer la fiesta, sino el de echarla á perder completamente. Porque como los franceses lo aplauden todo, los toreros se echan á la *vita bona* y tomean en francés, es decir, que hacen chapuce-rías dignas de presidio.

Para los franceses la gracia está en que el banderillero clave los palos sea donde quiera y como quiera, y en que el matador meta la espada por cualquier parte.

El día de Nuestra Señora asesinó el *Maestro* un toro, dándole á la media vuelta un meteisaca por delante del brazuelo, sin haber intentado siquiera pasarle y herirle á ley. Pues no se pueden ustedes figurar cuánto celebraban los franceses aquello.

—*¡Mocha pogontituda!*—decía entusiasmado uno que chapurreaba el castellano un poco.

—Y mucha barbaridad—le dijo un madrileño que estaba junto á él, ya cansado de oírle desatinos.

—¡Ah! *¿Ce n'est pas bien?*—preguntó el francés asombrado.

—No, señor; muy mal; eso es un degüello indecente.

—*¡Oh! Mais il l'a tué...*—repuso el francés envalentonado al ver que el toro se echaba.

—¡Es claro! También le hubiera podido matar con un fusil.

—*¡Oh! Mais...*

Y, nada; no se les saca de su idea.

Cuando un picador raja á un toro la paletilla de arriba abajo, prorrumpen en aplausos frenéticos. Aquello creen que es lo mejor; y eso que son protectores de los animales y tienen horror á la sangre, etc.

—*¡Très bien! ¡Très bien placées!*—decía con mucho énfasis y mucho pulmón un francés que estaba á mi lado, al ver un par de banderillas de las que la una estaba en el costillar y la otra cerca de la oreja.

También suelen contribuir á estropear la función los presidentes, que dirigen mal, y los periódicos locales que lo aplauden todo en sus revistas.

El otro día hubo un toro de Aleas que tenía la cuerna en forma de anillo casi completamente cerrado: no mató ni hirió á ningún caballo porque no podía acornear: en cualquier plaza formal que se hubiera presentado, se le hubiera echado en seguida al corral por defectuoso. Pues aquí se lidió, y á la mañana

siguiente todos los revisteros indígenas le llamaban en sus revistas *bien armado*.

Ya se ve lo que entenderán de armaduras.

Dejando los revendedores y los toros y viniendo á los progresistas, que tienen también invadida esta hermosa ciudad, con no menos fuerza ni menos daño que los franceses el circo taurino, diré á ustedes que efectivamente los tales progresistas lo llenan todo y lo estropean todo.

Donde quiera que uno va encuentra los mismos progresistas con los mismos collares, ó con las mismas colleras, que si no llevaban merecían llevar ahí por Recoletos, y las mismas progresistas, del sexo que llamamos bello, por galantería las más de las veces.

Y cuidado que las progresistas son, si cabe, más fastidiosas que sus excelentísimos maridos.

—¿Qué es lo que más te ha gustado?—preguntaba anoche al salir del casino después del concierto de Albéniz una diputada á una directora general.

—Todo me ha parecido bien, pero lo que me ha gustado más ha sido eso último que tocaron á *duo los tres* instrumentos.

Como comprenderán ustedes, tal invasión de progresistas de ambos sexos da á esta colonia veraniega cierto tono cursi que no merecía tener.

Pero que no se puede evitar, no siendo de

una de estas dos maneras: ó echando abajo el Gobierno, ó poniendo aquí á la entrada de la ciudad una compañía de miqueletes con esta consigna: No se admiten ministeriales.

Este segundo procedimiento me gustaría mucho... Casi tanto como el primero.